

## Lenin en Barcelona: la Revolución Rusa y el trienio bolchevique español, 1917-1920

*Slavic Review* 76, n° 3 (otoño 2017)

Arturo Zoffmann Rodríguez

En 1916, el escritor y revolucionario belga Victor Serge llegó a España. Hijo de exiliados rusos, Serge se inició como anarcosindicalista, pero acabó abrazando el marxismo bajo la influencia de la Revolución Rusa. Escapando de la persecución política en su Francia adoptiva, cruzó los Pirineos hacia Cataluña e inmediatamente se involucró en el movimiento sindicalista de Barcelona. La noticia de la caída del zar en marzo electrizó aún más a un movimiento obrero ya efervescente. En sus memorias Serge recordaba:

Los españoles, incluso los obreros que estaban a mi lado en el taller, que no eran militantes, comprendían instintivamente los acontecimientos de Petrogrado, ya que su imaginación trasladaba esos acontecimientos a Madrid y Barcelona. La monarquía de Alfonso XIII no era más popular ni más estable que la de Nicolás II. La tradición revolucionaria de España, como la de Rusia, se remontaba a la época de Bakunin. En ambos países operaban causas sociales similares: problemas agrarios, industrialización retardada, un régimen político atrasado al menos un siglo y medio respecto a Europa occidental<sup>1</sup>.

Estas comparaciones entre España y Rusia no eran infrecuentes. Lev Trotsky, que también pasó parte de la Primera Guerra Mundial en España, se le atribuye se refiere a España como «el país que, después de Rusia, es más favorable a la propaganda bolchevique».<sup>2</sup> En 1921, tras haber visitado Moscú, el dirigente sindicalista español Joaquín Maurín afirmaba que «no hay país tan parecido a Rusia como España. Eso significa que tenemos el deber [...] de ser los segundos en izar la bandera roja de la emancipación proletaria»<sup>3</sup>. El filósofo liberal José Ortega y Gasset se refirió a los españoles y los rusos como las dos *razas pueblo* de Europa, dos naciones impulsivas e indómitas que eran innatamente proclives a la rebelión<sup>4</sup>. Las autoridades también eran conscientes de los paralelismos entre España y Rusia. Un informe anónimo de 1919 encontrado en el archivo del Conde de Romanones, primer ministro español, observaba que «el proletariado español es muy parecido al ruso, por su mentalidad y su amor por las por las cosas deslumbrantes y la fraseología grandiosa»<sup>5</sup>.

---

<sup>1</sup>. Victor Serge, *Memoirs of a Revolutionary, 1901–1941* (Oxford, 1980), 53–54.

<sup>2</sup>. Tomás Elorrieta y Artaza, *El movimiento bolchevista* (Madrid, 1919), 33.

<sup>3</sup>. Joaquín Maurín, *El Sindicalismo a la luz de la Revolución Rusa* (Lleida, 1922), 108.

<sup>4</sup>. José Ortega y Gasset, *Invertebrate Spain*, trans. M. Adams (New York, 1937), 71.

<sup>5</sup>. Real Academia de la Historia, Fondo Romanones, box 96, file 34. Citado en: Mikel Aizpuru, «La expulsión refugiados desde España en 1919: Exiliados rusos y de otros países», *Migraciones y exilios*, 11 (2010): 112.

En lados opuestos del continente europeo, la España de los Borbones y la Rusia de los Romanov se caracterizaban por su atraso y subdesarrollo. En ambos países, un movimiento obrero cada vez más inquieto, un campesinado hambriento de tierras y unas acuciantes cuestiones nacionales y coloniales se combinaban en un explosivo nudo gordiano.

Las similitudes estructurales entre ambas sociedades se confirmaron dramáticamente con las grandes revoluciones sociales que experimentaron los dos países en las primeras décadas del siglo XX: 1917 y 1936 se sitúan en la cúspide de las revoluciones europeas modernas. El inicio de la Revolución Rusa contribuyó a desencadenar un proceso de militancia extrema en el movimiento obrero español, el trienio bolchevique. En palabras del observador contemporáneo Juan Díaz del Moral, los obreros y campesinos españoles y campesinos españoles «invertieron el equilibrio de fuerzas entre el capital y el trabajo, y en algunas ciudades ejercieron una especie de dictadura del proletariado». «Para todo esto —señalaba con agudeza— sólo había sido necesaria una palabra: Rusia»<sup>6</sup>.

La polarización social y política de la sociedad española se vio reflejada y estimulada por la evolución del resto de Europa. Las revoluciones de Alemania, Austria-Hungría y, sobre todo, Rusia se convirtieron en modelos para los revolucionarios españoles. A la inversa, el bolchevismo se convirtió en un espectro que perseguía a las clases acomodadas españolas y las empujó hacia una solución autoritaria de los problemas del país, siguiendo el camino de Hungría e Italia<sup>7</sup>.

En septiembre de 1923, el general Primo de Rivera dio un golpe de Estado militar con el apoyo generalizado de las élites gobernantes. Aunque este turbulento periodo de la historia de España no culminó en una revolución social, sino en una dictadura de derechas, abrió las grietas por las que se fracturaría la sociedad española en la década de 1930, del mismo modo que la Revolución Rusa de 1905 preparó el terreno para 1917.

La cuestión nacional, la cuestión de la tierra, la ineficacia corrupción del Estado español y, sobre todo, la militancia del movimiento obrero, todo ello emergió con fuerza en estos años,

---

<sup>6</sup>. Juan Díaz Del Moral, *Historia de las agitaciones campesinas andaluzas*. Córdoba: *Antecedentes para una reforma agraria* (Madrid, 1973), 269.

<sup>7</sup>. Francisco J. Romero Salvadó y Angel Smith, «The Agony of Spanish Liberalism and the Origins of Dictatorship: A European Framework», en Francisco J. Romero Salvadó y Angel Smith, eds., *The Agony of Spanish Liberalism: From Revolution to Dictatorship, 1917–1923* (Nueva York, 2010), 1–2.

generando polarización política y violencia y cortocircuitando las perspectivas de reforma democrática.

Existe un corpus sustancial de literatura en inglés y español sobre el trienio bolchevique, aunque ha tendido a aludir al impacto de la Revolución Rusa de forma superficial, en estudios más amplios de enfoque nacional sobre la historia política y social de España<sup>8</sup>. Este artículo proporciona una sinopsis de los acontecimientos de este periodo y evaluará su significado ulterior, y sobre todo valorará el impacto de la Revolución Rusa en el país.

Las agitaciones provocadas por la Revolución Rusa en España tuvieron dos fases. Antes de los levantamientos obreros y campesinos que caracterizaron este periodo, hubo un breve pero intenso apogeo liberal, estimulado por la Revolución de Febrero. La opinión pública en la España neutral había estado dividida sobre la cuestión de la guerra. Por un lado, estaban los germanófilos, los simpatizantes de las Potencias Centrales, que solían representar a los sectores más conservadores de la sociedad española. Por otro lado, estaban los aliadófilos, partidarios de los Aliados, postura propia de liberales y republicanos. El reformista PSOE (Partido Socialista Obrero Español), sección española de la Segunda Internacional, también apoyó a los Aliados, mientras que el poderoso movimiento anarcosindicalista era extremadamente hostil a ambos bandos<sup>9</sup>.

La causa de los aliadófilos había quedado en entredicho por la presencia de la Rusia autocrática en el bando aliado. El derrocamiento del zar, sin embargo, hizo putativamente a la Entente totalmente democrática, y redobló su compromiso de entrar en la guerra del lado de los Aliados. La intervención de los Estados Unidos de Woodrow Wilson en la guerra reforzó aún más la causa aliada. Además, el aumento de la demanda de exportaciones españolas durante la guerra había impulsado la industria española, concentrada principalmente en Cataluña. Esto envalentonó a la burguesía industrial española (y particularmente la catalana), históricamente enfrentada a las políticamente influyentes élites terratenientes y burocráticas. En la primavera de 1917, el régimen se vio sacudido por el

---

<sup>8</sup>. En inglés véase: Gerald H. Meaker, *The Revolutionary Left in Spain, 1914–1923* (Stanford, 1974); Francisco J. Romero Salvadó, *Spain 1914–1918: Between War and Revolution* (Londres, 1999); Francisco J. Romero Salvadó, *The Foundations of Civil War: Revolution, Social Conflict and Reaction in Liberal Spain, 1916–1923* (London, 2008); Romero Salvadó and Smith, *The Agony of Spanish Liberalism*. En castellano: Juan Avilés Farré, *La fe que vino de Rusia: La revolución bolchevique y los españoles, 1917–1931* (Madrid, 1999); Juan Antonio Lacomba, *La crisis española de 1917* (Madrid, 1970); Carlos Forcadell, *Parlamentarismo y bolchevización: El movimiento obrero español, 1914–1918* (Barcelona, 1978).

<sup>9</sup>. Romero Salvadó, *Spain 1914–1918*,

motín de oficiales descontentos. Las condiciones parecían maduras para una ambiciosa campaña de reforma liberal, y, en opinión de algunos, para presionar a favor de la intervención española en la guerra<sup>10</sup>.

El «momento liberal» español alcanzó su cenit en el verano de 1917, cuando el político regional catalán Francesc Cambó, estrechamente alineado con la burguesía barcelonesa, organizó una asamblea de parlamentarios rebeldes. Sin embargo, al igual que en Rusia, la búsqueda de la transformación liberal se vio socavada por la creciente ola de conflictos de clase. Cambó y sus aliados habían entablado negociaciones con los líderes de los sindicatos socialistas para secundar su llamamiento a una asamblea constituyente con una huelga general. Los anarcosindicalistas también se vieron involucrados en el movimiento.

Cambó, sin embargo, sintiendo la corriente de radicalización de la clase obrera, decidió dar marcha atrás. Las noticias de la Revolución de febrero habían animado también al movimiento obrero. La huelga tuvo lugar en agosto de 1917, y la ferocidad de la lucha en algunas regiones fue tal que enturbió las ambiciones de los reformistas liberales. La alianza liberal con el movimiento obrero estaba rota. El destino del gobierno provisional ruso corroboró la impresión de que la «cuestión social» era mucho más peligrosa que la corrupción, el autoritarismo y el atraso del Estado español. Cambó resolvió que, ante el peligro del bolchevismo, «la cuestión de la libertad había que aplazarla algún tiempo»<sup>11</sup>.

Los años 1918-20 fueron testigos de niveles sin precedentes de agitación obrera y campesina. La derrota de la huelga general de 1917 debilitó momentáneamente el movimiento obrero urbano, pero en ese momento oleadas de insurrecciones campesinas barrieron en el sur de España. Los aparceros y jornaleros se declararon en huelga; se incendiaron cortijos, se quemaron cosechas, se destruyeron utensilios de labranza y se sacrificó al ganado. Algunos pueblos fueron ocupados por campesinos rebeldes, que declararon la anarquía.

Las rebeliones campesinas sólo fueron aplacadas tras el envío de un ejército de 20.000 hombres a Andalucía en la primavera de 1919<sup>12</sup>.

---

<sup>10</sup>. Francisco J. Romero Salvadó, «Spain's Revolutionary Crisis of 1917: A Reckless Gamble», en *The Agony of Spanish Liberalism*, 64–65.

<sup>11</sup>. Francesc Cambó, *Memòries (1876–1936)* (Barcelona, 1981), 329.

<sup>12</sup>. Francisco Cobo Romero, «The 'Red Dawn' of the Andalusian Countryside: Peasant Protest during the 'Bolshevik Triennium,' 1918–20» en *The Agony of Spanish Liberalism*, 131–35.

Sin embargo, cuando los tumultos rurales se calmaron, el movimiento de los trabajadores industriales, regresó vigorosamente, sobre todo en Cataluña. En la primavera de 1919, un conflicto en una central eléctrica de Barcelona desembocó en una huelga general en toda la ciudad que «lo paralizó todo»<sup>13</sup>. En 1918 se produjeron 463 huelgas en España; en 1919, 895; y en 1920, 1 060<sup>14</sup>

Las perspectivas del liberalismo español se volvieron cada vez más sombrías, y los demócratas burgueses se aliaron con las viejas élites en la lucha contra el trabajo. Las clases acomodadas, tanto liberales como conservadoras, se vieron por un histérico miedo rojo. Exageraciones salvajes sobre la amenaza bolchevique en la prensa burguesa. En un momento dado, se informó que Vladimir Lenin había desembarcado en Barcelona para dirigir la revolución española<sup>15</sup>. El gobierno, temeroso de todo lo ruso, hizo planes para deportar de España al grueso de los ciudadanos rusos<sup>16</sup>. Se desató una virulenta represión contra el movimiento obrero, con el beneplácito de importantes sectores de la opinión liberal. En Cataluña, corazón de las agitaciones del trienio bolchevique, grupos paramilitares fueron armados por la patronal y lanzados contra los sindicalistas. El anarquista Gastón Leval describió la represión de estos años en términos dramáticos: «En Barcelona, la represión contra el movimiento obrero libertario siguió golpeando con la misma intensidad salvaje. Las detenciones eran diarias, las cárceles llenas hasta los topes, los presos eran deportados a pie a otras provincias, las bandas de mercenarios [...] creadas por la patronal, asesinaban a nuestros militantes»<sup>17</sup>.

Este proceso culminó con el golpe militar de Primo de Rivera en septiembre de 1923, que inauguró una dictadura pretoriana de seis años. Tal y como ha explicado ha explicado Angel Smith, el golpe contó con el apoyo activo de los industriales liberales catalanes, y fue urdido en las villas de la burguesía barcelonesa<sup>18</sup>.

---

<sup>13</sup>. Ángel Pestaña, *Conferencia sindicalista dada por Ángel Pestaña en el Teatro de la Comedia de Madrid el día 23 de Octubre de 1919 y organizado por el Ateneo Sindicalista* (Madrid, 1919), 16.

<sup>14</sup>. Santiago Castillo, ed., *Historia de la Unión General de Trabajadores*, 2 vols. (Madrid, 1998), 2:72–74.

<sup>15</sup>. «Los extranjeros en Barcelona», *El Sol*, jueves 16 de enero de 1919, 6.

<sup>16</sup>. Manuel Aznar, «El frente policíaco español» *El Sol*, jueves 16 de enero de 1919, 1.

<sup>17</sup>. Gaston Leval, «Mémoires» *Gaston Leval Papers*, International Institute of Social History (Amsterdam), 141. Summary available at <https://search.socialhistory.org/Record/ARCH00815> (accedido última vez 13 de julio de 2017).

<sup>18</sup>. Angel Smith, «The Lliga Regionalista and the Catalan Right and the Making of the Primo de Rivera Dictatorship, 1916–23» en *The Agony of Spanish Liberalism*, 163–67.

El movimiento obrero español se dividió en dos tendencias. Por un lado, el PSOE, partido socialista moderado enmarcado en la tradición socialdemócrata, dominante en la capital burocrática de Madrid, las Castillas y las zonas industriales del norte. La otra fuerza proletaria en España era el movimiento anarcosindicalista, organizado a partir de 1910 bajo las banderas de la CNT (Confederación Nacional del Trabajo). Los anarcosindicalistas tenían influencia entre el campesinado de Aragón, Valencia, Andalucía y Extremadura y, sobre todo, predominaban en la Cataluña industrial. Los años 1917-20 fueron una época de crecimiento vigoroso de los libertarios, mientras los socialistas languidecían<sup>19</sup>. Este proceso estuvo estrechamente relacionado con el impacto de la Revolución Rusa en España.

No es de extrañar que los dirigentes socialistas reaccionaran a la Revolución de Octubre con inquietud y recelo. La noticia del levantamiento bolchevique llegó en un momento difícil para los socialistas. Se habían puesto al frente de la huelga general de agosto de 1917, y habían asumido la responsabilidad de la derrota. El fracaso de la huelga reforzó las tendencias legalistas en el partido, que se cansó de las aventuras revolucionarias. Cuando los socialistas oyeron hablar de la Revolución de Octubre, su reacción inmediata fue el silencio. Mientras la prensa anarcosindicalista celebraba la revolución, los socialistas se negaron a informar sobre ello<sup>20</sup>. Pablo Iglesias, anciano y postrado en la cama, líder histórico del PSOE, calificó el acontecimiento de «trágico» e «inoportuno»<sup>21</sup>. Las razones de este silencio no son difíciles de adivinar. La dirección del partido reformista era visiblemente hostil a los bolcheviques, pero no se atrevía a manifestarse públicamente contra el régimen soviético por miedo a la reacción entre la militancia de base<sup>22</sup>. Por lo tanto, se sumió en el inmovilismo, tratando de resistir hasta que la ola de entusiasmo se calmara. Prolongó los debates sobre la cuestión rusa, apostando por una afiliación «condicionab» a la Tercera Internacional (de la que se retractó más tarde), en beneficio de una serie de escisiones prosoviéticas poco propicias<sup>23</sup>.

La historia de los anarcosindicalistas españoles en estos años es muy diferente. Llenaron el vacío dejado por los socialistas y crecieron de forma impresionante. La CNT contaba con casi 800.000 afiliados en diciembre de 1919. Los libertarios dirigieron el movimiento obrero en las regiones que estaban en el centro de las turbulencias de este periodo, Andalucía y

---

<sup>19</sup>. Para los hispanohablantes, los términos «libertario» y «anarquista» son sinónimos.

<sup>20</sup>. Forcadell, *Parlamentarismo y bolchevización*, 241–50.

<sup>21</sup>. Chris Ealham, «An Impossible Unity: Revolution, Reform and Counter-Revolution and the Spanish Left, 1917–23» in *The Agony of Spanish Liberalism*, 95.

<sup>22</sup>. *Ibid.*, 95.

<sup>23</sup>. Joaquín Maurín, *El Bloque Obrero y Campesino: Origen, actividad, perspectivas* (Barcelona, 1932), 4–9.

Cataluña. En gran medida, su éxito estuvo relacionado con su capacidad para asociarse con la Revolución Rusa. De hecho, los bakuninistas españoles atravesaron una breve pero intensa luna de miel con los marxistas rusos.

El prestigioso semanario anarcosindicalista *Tierra y Libertad* saludó la revolución con entusiasmo en un artículo de portada. «El viejo mundo ha empezado a desmoronarse en Rusia, y pronto se derrumbará en todas partes, porque los ejemplos son contagiosos y el éxito ruso nos envalentona»<sup>24</sup>. Este entusiasmo estaba presente en la mayor parte de la prensa anarcosindicalista. Como señaló el observador contemporáneo Díaz del Moral, tras el levantamiento bolchevique era difícil encontrar una publicación libertaria «que no llenara sus columnas con noticias y fervientes panegíricos sobre la gran revolución»<sup>25</sup>. Del Moral ha dejado un valiosísimo relato de las expectativas que despertaron entre el campesinado andaluz las noticias que llegaban del Este:

En mis frecuentes encuentros con los trabajadores, pude notar su mayor entusiasmo. Todas las conversaciones derivaban inevitablemente hacia la cuestión rusa. Si hablábamos de agricultura, enseguida alguien preguntaba: ¿Qué se siembra en Rusia? ¿Llueve mucho allí? Si hablábamos del tiempo, se preguntaba: ¿Hace frío o calor en Rusia? ¿Está muy lejos? O, en cualquier otro contexto: ¿Dónde está Rusia exactamente? ¿Cuánto tiempo se tardaría en llegar a pie? Rusia era una obsesión que nunca dejaba la boca de la gente<sup>26</sup>.

Aunque algunos veteranos del movimiento sindicalista como Salvador Seguí o Eleuterio Quintanilla seguían mostrándose algo escépticos respecto al régimen soviético, el entusiasmo por los bolcheviques no se limitaba a las bases, como ocurría en gran medida en el partido socialista, sino que incluso contagió a curtidos cuadros anarcosindicalistas. Como dijo el dirigente de la CNT Manuel Buenacasa, «¿Quién en España, siendo anarquista, no se llamaba bolchevique?»<sup>27</sup>. En su Congreso Nacional de diciembre de 1919, la CNT decidió afiliarse a la Tercera Internacional.

La borrosidad de las noticias procedentes de Rusia facilitó sin duda esta connivencia con los bolcheviques. Los informes sobre la situación en Rusia eran contradictorios y abundaban los rumores. Al principio, la ideología exacta del partido de Lenin no estaba clara para los anarcosindicalistas. Para los anarcosindicalistas. Aunque pronto se hizo evidente que no eran anarquistas sino socialistas, su socialismo era visiblemente diferente del socialismo reformista del PSOE. La mala traducción del término bolchevique como maximalista y menchevique como minimalista enturbió aún más las aguas.

---

<sup>24</sup>. «De la revolución rusa: la sociedad vieja se hunde», *Tierra y Libertad*, 21 de noviembre de 1917, 1.

<sup>25</sup>. Del Moral, *Historia*, 267.

<sup>26</sup>. *Ibid.*, 82–83.

<sup>27</sup>. Manuel Buenacasa, *El movimiento obrero español, 1886–1926* (Barcelona, 1928), 64.

«Los maximalistas rusos (los bolcheviques)», comentaba *Tierra y Libertad*, «forman un partido de millones de anarquistas, aunque en realidad no todos son anarquistas, también hay algunos socialistas [...] que son verdaderamente revolucionarios»<sup>28</sup>. Muchos extrapolaron la división tradicional en la política obrera española, y vieron a los bolcheviques como el equivalente ruso de los anarcosindicalistas españoles y a los mencheviques como los homólogos del PSOE. Además, Rusia era la patria de Mijaíl Bakunin y Petr Kropotkin, lo que reforzaba la asociación la asociación mental entre bolchevismo y anarquismo<sup>29</sup>. El derrocamiento de Kerensky, un «dictador con gorro frigio», fue especialmente significativo para anarcosindicalistas tras la huelga de agosto, en la que los liberales y los socialistas moderados habían traicionado al movimiento<sup>30</sup>.

Los anarcosindicalistas se dieron cuenta rápidamente de que los comunistas rusos no habían destruido el Estado y acabado con toda autoridad, como Bakunin, sino que habían creado un nuevo régimen revolucionario. La mayoría de anarcosindicalistas españoles abrazaron la dictadura bolchevique del proletariado, en cualquier caso. Aunque la polémica sobre la dictadura había sido uno de los puntos de discordia en la ruptura entre Marx y Bakunin en la década de 1870, en la España de 1917 esta cuestión se había desvanecido en gran medida.

Los marxistas españoles habían abandonado la noción de dictadura del proletariado, y la mayoría de los debates entre anarcosindicalistas y socialistas giraban en torno a cuestiones de reformismo y participación parlamentaria. Por ello, cuando los comunistas rusos resucitaron el término, muchos anarcosindicalistas españoles no se mostraron inmediatamente hostiles. Como comentó el activista de la CNT Francisco Jordán en 1921: «Karl Marx fue el primero en haber preconizado la dictadura del proletariado, pero esta idea fue olvidada por sus discípulos, que, muy al contrario, siempre estuvieron a favor de la legalidad y hostiles a la transformación violenta de la sociedad. La Tercera Internacional tiene el honor de haber desempolvado este «texto»<sup>31</sup>.

Además, la necesidad de una dictadura obrera parecía justificarse por la ferocidad de la contrarrevolución en Rusia, reflejada en la violenta represión a la que se enfrentaron los anarcosindicalistas en España. *Tierra y Libertad* anunció que el establecimiento de una auténtica anarquía «requerirá un largo periodo revolucionario de varios años en el que los anarquistas tendrán que convertirse tendrán que convertirse en la Autoridad y actuar como jefes para asegurar el triunfo de la revolución»<sup>32</sup>.

---

<sup>28</sup>. «Los maximalistas y la prensa burguesa», *Tierra y Libertad*, 5 de diciembre de 1917, 2.

<sup>29</sup>. Rudolf Rocker, *Revolución y regresión (1918–1951): continuación de la Juventud de un rebelde (1873–1895) y En la borrasca (1895–1918)* (Buenos Aires, 1952), 143.

<sup>30</sup>. «A los canallas de la pluma», *Tierra y Libertad*, 28 de noviembre de 1917, 1.

<sup>31</sup>. Francisco Jordán, *La dictadura del proletariado* (Mexico, 1922), 5.

<sup>32</sup>. «Revolución y Anarquía», *Tierra y Libertad*, 26 de diciembre de 1917, 1.



Uno de los proyectos de tesis del congreso nacional de la CNT de 1919 apoyaba abiertamente la dictadura del proletariado: «La Revolución Rusa, en principio, encarna los ideales del sindicalismo revolucionario. Abolió los privilegios de clase y de casta, dando el poder al proletariado [...] implantando una dictadura proletaria de transición para asegurar la conquista de la revolución. Esta reunión declara: Que el Segundo Congreso de la CNT debe unirse incondicionalmente con la Revolución Rusa»<sup>33</sup>.

El enamoramiento de los anarcosindicalistas con los bolcheviques fue apasionado, pero de corta duración. En 1921, la CNT empezó a volverse contra el régimen soviético. En junio de 1922, la confederación se desafilió de la Tercera Internacional. Las razones de este giro contra la Revolución Rusa son múltiples. Los informes críticos sobre el autoritarismo de los bolcheviques, y especialmente anarquistas rusos, llegaron a España en 1920-21. Las organizaciones sindicalistas estaban visiblemente marginadas en la Tercera Internacional. El relato condenatorio publicado en 1921 por Ángel Pestaña, el primer delegado de la CNT en la Rusia soviética, dejó una profunda huella. Cabe destacar que estos relatos llegaban en un momento de agotamiento y derrota del movimiento obrero español, que disipó el optimismo despreocupado de los años anteriores. La aparición de partidos comunistas patrocinados por Moscú que competían por el mismo sujeto que los anarcosindicalistas aumentó las tensiones entre libertarios y bolcheviques.

La luna de miel entre los anarcosindicalistas españoles y los bolcheviques rusos es significativa. Reflejaba las expectativas despertadas por la Revolución Rusa entre muy diversos sectores, no sólo entre las tendencias izquierdistas de la socialdemocracia. También apunta a la mutabilidad de las ideas y las identidades políticas en estos turbulentos años de revolución y contrarrevolución, así como a la necesidad de un cambio de mentalidad. revolución y contrarrevolución, y cómo las imágenes procedentes de Rusia fueron reelaboradas y adaptadas a las condiciones locales. De hecho, el hecho de que la CNT bakuninista fuera más receptiva a las ideas de los bolcheviques que el PSOE marxista refleja de forma sorprendente la fluidez de las ideologías en esos años y sugiere que el temperamento de los movimientos políticos, ya fueran radicales o moderados, fue más importante en la formación de actitudes hacia el régimen soviético que las identificaciones ideológicas formales. La Revolución Rusa dio un enorme impulso al conflicto social de la revolución desde abajo y la contrarrevolución desde arriba. En este periodo se evitó la revolución abierta y la guerra civil, que culminó en una dictadura militar. Sin embargo, los años 1917-20 presagiaron la violencia de 1936-39. Si la revolución de 1905 fue el «ensayo general» de 1917, entonces bien podría concluirse que el trienio bolchevique de 1917-20 fue el ensayo general del 1936 español.

---

<sup>33</sup>. *Memoria del congreso de la Confederación Nacional del Trabajo, celebrado en el Teatro de la Comedia de Madrid, los días 10 al 18 de Diciembre de 1919* (Barcelona, 1932), 341.